

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Posición y deseo del analista: Freud más allá de Freud.

Santocono, Carolina.

Cita:

Santocono, Carolina (2013). *Posición y deseo del analista: Freud más allá de Freud*. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/818>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/vgw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

POSICIÓN Y DESEO DEL ANALISTA: FREUD MÁS ALLÁ DE FREUD

Santocono, Carolina
Universidad de Buenos Aires

Resumen

A partir de la diferencia que instaura Lacan al plantear la técnica psicoanalítica como una ética, nos centraremos en un pasaje del texto freudiano desde esta perspectiva, para situar allí un problema que Freud vislumbra y que Lacan explicita en su enseñanza, alrededor de los años 70. El lugar del analista se ve complejizado con la pregunta sobre el goce de aquel que ocupa dicha posición, lo que llevará a Lacan a producir un registro diferente del goce, que atañe tanto a la posición femenina como a la pregunta por el fin de análisis, más allá del límite de Freud. Para ello, volver al texto freudiano se vuelve la posibilidad de interrogar una vez más dicho límite, ubicando también lo que Freud enuncia más allá de él.

Palabras clave

Deseo del analista, Posición del analista, Fin de análisis, Goce

Abstract

POSITION AND DESIRE OF THE ANALYST: FREUD, BEYOND FREUD
We will focus our investigation on Freud's work guided by Lacan's assertion that the technique of psycho-analysis coincides with the ethics of psycho-analysis, so as to point out a problem that Freud foresaw and Lacan explicitly expressed during the 1970's. The complexity regarding the issue of the psycho-analyst's enjoyment (jouissance) involved in his position, urged Lacan to alter his theory on enjoyment (jouissance). This new theory relates to the concept of femininity and the conclusion of the psycho-analytic treatment, beyond the limits Freud encountered. Revisiting Freud's work enables us to revise once again his views and thoughts regarding those limits.

Key words

Desire of the analyst, Position of the analyst, Conclusion of Psycho-analysis, Enjoyment

Introducción

Un agrupamiento de escritos freudianos llamados técnicos son los que Lacan toma para dar nombre al primero de sus seminarios publicados. Lacan se refiere a ellos en tanto es allí donde Freud presenta las nociones fundamentales del método por él creado, pero no sin dejar de recordar que casi no hay obra alguna donde Freud no aporte algo sobre la técnica.

Desde el comienzo de este seminario de 1954 Lacan ya señala la orientación con la que él tomará la letra de Freud. En la primera clase, rescata aquel pasaje donde Freud habla de las reglas prácticas como una herramienta hecha a su mano, a su medida, y recupera también -a partir de subrayar su estilo- la libertad y la simpleza con la que Freud habla de ellas. Son rasgos que Lacan destaca para comenzar a transmitir el modo en que él pensará la técnica. Pero menciona además, un segundo rasgo, que dice descubrir en algunos pasajes del texto freudiano. Dice Lacan:

"El carácter doliente de su personalidad, su sentimiento de la nece-

sidad de autoridad; acompañado en él de cierta depreciación fundamental de lo que puede esperar, quien tiene algo que transmitir y enseñar. En muchos sitios aparece cierta desconfianza profunda respecto al modo en que se aplican y comprenden las cosas. Creo, incluso, ustedes lo verán, que se encuentra en él una depreciación muy particular de la materia humana que le ofrece el mundo contemporáneo. Esto, seguramente, es lo que nos permite vislumbrar por qué Freud ejerció concretamente el peso de su autoridad para asegurar, así creía él, el porvenir del análisis, exactamente a la inversa de lo que sucede en sus escritos." (Lacan 1954, 23)

Podemos ver de este modo, cómo muy al comienzo de su enseñanza, Lacan nos muestra una manera de leer a Freud, a la que considera como la que permite salir de lo que denuncia como el punto de *"confusión más radical"* respecto de las concepciones y atolladeros de la técnica en la que se hallaban los practicantes del psicoanálisis en aquel momento.

Así, Lacan avanzó en su enseñanza mostrando como la técnica en psicoanálisis hay que entenderla más bien como una ética; y que de alguna manera es leyendo a Freud más allá de Freud, como las indicaciones freudianas se pueden orientar hacia una práctica de lo singular, confluyendo en la formulación de un deseo, propio al psicoanalista, que Lacan extrae de la pluma del mismo Freud. Concomitantemente, al romper con las ortodoxias que regían la práctica de sus contemporáneos -que habían optado por entender los consejos freudianos como mandamientos o preceptos religiosos- Lacan termina por quedar ubicado en una posición particular respecto de la comunidad analítica, y es desde allí donde retomará el problema, es decir, el problema de qué es un psicoanálisis. Según él mismo señala en la primera clase del seminario de los cuatro conceptos, esa es la pregunta que sostuvo a lo largo de toda su enseñanza. Es también en aquella clase -cuando se refiere a lo que llamó su "excomuniación"- donde anuncia que ese año abordará las preguntas de siempre, pero desde otro lugar. Un lugar -dice- que *"...ha cambiado; ya no es un lugar que está del todo adentro, y no se sabe si está fuera"*. (Lacan 1964, 11) Un lugar -podemos agregar- que le permitirá finalmente formular que el psicoanalista, su acto, se funda no sólo en un deseo que le es propio, sino que además implica el poder ocupar una particular posición, que en definitiva es la suya propia, la de Lacan, y que él homologa a la del objeto a, en tanto resto o desecho de una operación.

Es entonces a partir del seminario de *Los cuatro conceptos...*, que Lacan retoma una expresión que ya había utilizado -*el deseo del psicoanalista*- pero esta vez más explícitamente, para cuestionar al mismo Freud. En dicho seminario, *el deseo del analista* se plantea más bien, en oposición al deseo de Freud, en tanto lo que hay en él de no analizado. Para Lacan es lo no resuelto de Freud, es decir, su relación al padre, lo que impregnó a las sociedades y a la práctica analítica de resonancias religiosas. Y entonces, es a partir de ese momento en su enseñanza, que la interrogación sobre el deseo del analista adquiere más nítidamente esta impronta, que es

la de poder formular la operación analítica, más allá de los límites freudianos.

Es de este modo que Lacan nos deja el camino abierto para seguir leyendo a Freud. Porque no sólo nos da una orientación de lectura sino que, al mismo tiempo, nos muestra cómo es allí donde ya están planteados los problemas fundamentales que atañen a nuestra práctica. Por eso, en este trabajo intentaré compartir una más de estas relecturas de Freud, a partir de esta orientación que Lacan señaló.

Una viñeta freudiana

Se trata de un pasaje de la Conferencia 16, "*Psicoanálisis y psiquiatría*". El tema principal de dicha conferencia es situar lo que hace un analista, pero particularmente, lo que lo diferenciaría de otro abordaje del padecimiento subjetivo, es decir, del abordaje de la psiquiatría. Si nos remitimos al texto, nos vamos a encontrar con que Freud, haciendo referencia a la polémica científica que genera su nueva concepción de los síntomas neuróticos, lo que contrasta, no es tanto las distintas teorías, sino la distinta posición que el psicoanalista tiene ante ellos. Es decir que hay un nivel en el que la conferencia parece abocada a brindar las pruebas que demuestran la hipótesis fundamental del psicoanálisis, que es la de la existencia del inconsciente, del determinismo de los síntomas y de su sentido inconsciente. Pero en otro nivel, se puede leer que lo que Freud ahí va planteando, va esbozando, es que el psicoanálisis crea una nueva figura, que es la del psicoanalista, y en definitiva, un nuevo tipo de lazo, que es el que el psicoanalista sostiene.

Es con lo que nos encontramos en el comienzo, cuando Freud se refiere al rechazo al psicoanálisis que encuentra en la comunidad médica, y donde se destaca una diferencia respecto de lo que podemos llamar una posición. Cito:

"Este comportamiento opositor no me resulta del todo comprensible. Quizá provenga de que los médicos se comprometen muy poco con los neuróticos; oyen con tan poca atención lo que ellos tienen para decirles que se han enajenado la posibilidad de extraer algo valioso de sus comunicaciones..." (Freud 1916-17, 224)

En definitiva, para Freud -y es lo que señaló Lacan- un psicoanálisis es el tratamiento dispensado por un psicoanalista. Es decir, que lo que lo define y sostiene es, en principio, la posición del analista, en tanto ésta se ubicaría -podríamos decir- en el *reverso* de la que describe para el médico psiquiatra. Y lo que allí se vislumbra es que si hay algo que para Freud define esta figura por él creada, es una relación al saber, que justamente no es la del rechazo -que es lo propio de la neurosis-, que no es tampoco la de la erudición, sino la de promover la producción de un saber que, claramente, advendrá del lado del paciente. El analista, que en su posición sostiene la hipótesis de lo inconsciente, se debe colocar en las antípodas de aquella en la que se ubica, para Freud, el médico psiquiatra: Amo del saber -podríamos decir-, pero del saber previo y general; el de los buenos consejos a todos por igual.

Por eso, cuando presenta la primera prueba para demostrar la existencia de lo inconsciente, Freud utiliza un ejemplo muy curioso, de lo que llama una "acción sintomática", en la que me quisiera detener. Porque a mi entender, a través de esta especie de viñeta, Freud, más que demostrar la existencia del inconsciente, pone en el tapete un problema que es propio a este lugar que él creó. Es decir, que sostener la posición propia del analista y a la vez su acto, conlleva una complejidad y una dificultad que Freud advierte y que puede transmitir, a su modo.

Lo que en principio plantea en esta conferencia, es que para que aparezca este saber, para promoverlo, se debe instalar un dispo-

sitivo tal, que permita el despliegue de la palabra del paciente. Y por ello, uno de los requisitos de la sesión psicoanalítica, es que debe disponer del tiempo suficiente para que esto acontezca. Dice que por el tiempo que le lleva la escucha de cada paciente, el consultorio de un psicoanalista, incluso con mucha clientela, no suele tener concurrida su sala de espera, a diferencia de lo que se suele esperar de un médico prestigioso (Sabemos que hoy, con las sesiones breves, esto ya no es siempre así. Algunos analistas, hoy en día tienen siempre repleta la sala de espera, pero Freud se tomaba su tiempo).

En ese contexto, ha notado que muchos pacientes, que llegan por primera vez, incurrir en lo que llama una acción sintomática que para él "**ilustra la relación del recién llegado con el médico**".

Entonces, lo que empieza a aparecer, es que la acción del analista no se agota en esta promoción de la producción del saber inconsciente, sino que, desde el comienzo, se pondrá en juego la cuestión de la transferencia. Que en definitiva, su intervención quedará -de entrada- dependiendo del lugar en que el paciente lo va a colocar de acuerdo a su propia fantasmática, y eso ya implica una complejidad en su acción, que Lacan ilustró muy bien en "*La dirección de la cura...*", cuando señala que la táctica de la interpretación se haya supeditada a la estrategia de la transferencia. Continúo:

Freud cuenta que él utiliza lo que llama un pequeño artificio (uno más en la serie de artificios que creó para armar el dispositivo) que es colocar una doble puerta que separa su consultorio de la sala de espera. El propósito de este artificio es que puede notar que al hacer pasar al paciente al consultorio, muchos de ellos, suelen dejar abiertas ambas puertas cuando se encuentran solos en la sala de espera.

"Tan pronto lo observo -dice- me obstino, con tono bastante inamistoso, en que el o la ingresante vuelva sobre sus pasos para reparar ese descuido, por más que se trate de un elegante caballero o de una dama empingorotada. Esto hace la impresión de una descortés pedantería. Y aún en ocasiones, me he puesto en ridículo con esa exigencia (...). Pero en la enorme mayoría de los casos yo tenía razón, pues quien se porta de ese modo, pertenece a la plebe y merece que lo traten descortésmente." (Ibid, 226)

Nos llama la atención tanto la intervención como el comentario de Freud. ¿Qué intenta transmitir con este consejo? Posiblemente nos choque, la curiosa explicitación de una especie de desprecio por "la plebe". Aunque concuerda con el comentario de Lacan citado -en el primer seminario-, aquel donde se refiere a la depreciación de la materia humana que Freud encontraba en el mundo contemporáneo y a su concomitante aferramiento al lugar de autoridad para asegurar la supervivencia del psicoanálisis. Sin embargo, si seguimos leyendo el texto, es Freud mismo quien inmediatamente matiza y explica su apreciación: *"Ahora bien, -dice- no tomen ustedes partido antes de oír lo que sigue"*. Y explica entonces, que este descuido del paciente sólo acontece cuando se encuentra solo en la sala de espera y por lo tanto, lo que eso demuestra, es que obedece a un determinismo inconsciente que -dice- ilustra la relación del recién llegado con el médico. Y agrega más adelante:

"El paciente pertenece al gran número de los que claman por una autoridad mundana, de los que quieren ser deslumbrados, intimidados. Quizás (...) se preparó para encontrarse con un gentío en busca de asistencia, como si fuera una filial de Julius Meinl[1]. Y ahora entra en una sala de espera desierta, por añadidura en extremo modesta, y eso lo perturba. (...) omite cerrar las puertas entre sala de espera y consultorio. Con eso quiere decirle -al médico-: "Ah, aquí no hay nadie, y probablemente durante todo el tiempo que yo esté no vendrá nadie tampoco". Además, en la entrevista se portaría con total

descortesía y falta de respeto si desde el comienzo mismo no se le pusiera un dique a su arrogancia mediante una tajante reconven- ción". (Ibid, 227)

Hasta aquí la viñeta, que Freud supuestamente utiliza para dar cuenta del determinismo inconsciente de esta acción sintomática pero, a mi gusto, desliza otras cuestiones referidas a la práctica, especialmente en lo que hace al lugar del analista y a los problemas que el sostenimiento de este lugar plantea. Nos detendremos en algunas de ellas.

Posición del analista

Desde ya, tomamos este pasaje con la orientación de leer a Freud más allá de Freud; con las herramientas que nos da Lacan para ubicar tanto su deseo como sus límites. Por eso, hay un punto en el que, no tanto la intervención sino más que nada su fundamentación, se nos vuelve altamente cuestionable. Freud reduce y generaliza un modo de acción, que incluso parece sostener de sus prejuicios. Pero este es un nivel de lectura. A mi gusto, hay otro nivel, en el que Freud plantea cuestiones fundamentales que atañen al lugar del analista y que dan cuenta de su complejidad.

El primer punto a destacar, es que aquí queda claro que para Freud, el quehacer del psicoanalista, no se restringe al desciframiento del sentido inconsciente de los síntomas, sino que éste se subordina al manejo de la transferencia. Manejo que se vuelve fundamental respecto de la posibilidad de instaurar el dispositivo como tal.

Efectivamente, lo que muestra este pasaje es que la experiencia analítica debe instituir la el analista, en principio mediante un artificio, que es el dispositivo analítico tal como él lo ha creado, y -por qué no- con algunas otras herramientas hechas a su medida (incluso una doble puerta). Lacan lo plantea de este modo, en el seminario 17, cuando se pregunta "*¿Qué instituye el analista? (...)* Lo que el analista instituye como experiencia analítica es la *histerización del discurso*. Dicho de otra manera, es la *introducción estructural, mediante condiciones artificiales del discurso de la histérica*". (Lacan 1969-70, 33)

Sin embargo, esto no es todo. Porque lo que Freud plantea es que dicho dispositivo, dicho artificio, implica además, que el analista debe ocupar una posición determinada, es decir, aquella que permite el despliegue del saber inconsciente. Pero, al mismo tiempo, ésta se apoya, se circunscribe, a partir del semblante. Freud subraya que los semblantes del analista no son los del "*médico prestigioso*", no son las colas que rodean al Amo moderno, sino por el contrario, una "*sala de espera en extremo modesta*" y por si esto fuera poco, "*un tono inamistoso*". El problema que queda planteado entonces, es que esta figura que él ha creado, el psicoanalista, aparece como despojado de todos los semblantes del poder y de la "*autoridad mundana*" (o por lo menos parece ser el semblante que para Freud conviene) pero así y todo, debe instalar un dispositivo, un lazo, que lo coloque en una posición tal, que le permita -como dice Lacan en "*La dirección de la cura...*"- dirigir la cura, pero no por eso a su paciente.

Me parece que Lacan nos permite entender esta idea sin que nos quedemos pegados a un plano exclusivamente imaginario. Insisto, se trata de una posición. Una posición que nos remite, por ejemplo, a la "*Nota italiana*", cuando señala que el analista es el "*desecho de la humanidad*", o cuando destaca su "posición inhumana". Pero se trata de una posición operativa, ya que -en principio- es la que posibilita que haya acto analítico. A Freud no se le escapa, cuando dice que lo que debe instalar el analista, es una "*tajante reconven- ción*".

Nos remite también al seminario 17, cuando Lacan sitúa esta posi-

ción a partir de su correspondiente discurso. Dice Lacan:

"Veamos qué está en juego aquí en el discurso del analista. Él, el analista, es el amo ¿Bajo qué forma? (...) Bajo la forma a. (...) ¿Por qué bajo la forma a? De su lado hay S2, hay saber, ya sea que obtenga este saber escuchando a su analizado, o que se trate de saber ya adquirido, registrable, que hasta cierto punto se puede reducir al saber hacer analítico. Sólo que (...) no se trata del mismo saber" (que en el discurso del Amo). (Ibid.,35)

Lacan allí subraya que el lugar del analista, bajo la forma a, es el mismo lugar que ocupa el amo en el discurso del amo, es decir, el agente. Y de allí, lo operativo de la posición. Aclara que no es que el analista ocupe el lugar del sujeto supuesto saber -como pudo haberse entendido- sino que desde allí, desde esa posición en el discurso, lo que logra es desencadenar el proceso de investidura del sujeto supuesto saber, además de hacerse causa del deseo del analizante. Y dice, más adelante:

"La posición del psicoanalista llevo a articularla de la siguiente forma. Digo que esencialmente está hecha del objeto a (...), en tanto este objeto a designa de forma precisa lo que se presenta, de los efectos de discurso, como más opaco, desconocido desde hace mucho tiempo y, sin embargo, esencial. Se trata del efecto de discurso que es efecto de rechazo. Esto es pues lo que se refiere sustancialmente a la posición del psicoanalista. En su caso este objeto se distingue también por ocupar el lugar desde donde el discurso se ordena, desde donde se emite la dominante (...) El analista tiene que representar aquí, de algún modo, el efecto de rechazo del discurso, es decir, el objeto a" (Ibid.,45)

De alguna manera, es también lo que Freud sospechaba.

Deseo del analista

*(...) para el psicoanalista no hay ningún más allá, ningún más allá sustancial, al que pueda remitir aquello por lo cual se siente autorizado a ejercer su función. El valor de lo que obtiene es, sin embargo, inestimable -la confianza de un sujeto como tal (...). El analista, empero, no se presenta como un Dios para su paciente, no es un Dios para su paciente. Entonces ¿qué significa esta confianza en torno de qué gira? (...) El psicoanalista tiene que conocer, a él debe serle transmitido, y en una experiencia, en torno a qué gira el asunto. Este punto axial lo denominó **deseo del psicoanalista**" (LACAN 1964, .238/239)*

No caben dudas de que Freud estaba intentado situar también aquello en torno a lo cual gira el asunto. Esa pregunta, en definitiva, es la que lo lleva a complejizar el estatuto de la transferencia, es decir, a diferenciar la transferencia positiva de la negativa, además de indicar lo que de ella es motor y lo que sería obstáculo. Efectivamente, la cuestión se complejizaba aún más para Freud, en tanto se ve llevado a separar también dos corrientes en el estatuto del amor, la tierna y la sensual. Desde una lectura ingenua se podría entender que sólo la transferencia positiva y tierna, sería motor del análisis. Sin embargo, esto no es así porque Freud encuentra que respecto de la transferencia, el obstáculo es, al mismo tiempo, motor. Que no sólo es esperable, sino deseable e inevitable que se haga presente el obstáculo, en tanto dicho obstáculo es el correlato del límite al desciframiento. Que la transferencia negativa, la vertiente hostil, no es ausencia de transferencia, sino todo lo contrario, es un signo de su presencia. Es decir que, más allá del nivel de la confianza, el obstáculo es lo que se vuelve más operativo en un análisis, ya que -tanto en su vertiente erótica, como en la hostil- de lo que da cuen-

ta, es que el analista ha entrado a ocupar ese lugar en la fantasmática de su paciente, que lo lleva a sustituir su neurosis por una de transferencia. Ese lugar en Freud -tomando en cuenta esta complejización en el estatuto del amor- es el lugar del objeto degradado. Efectivamente, se trata de este objeto al que Freud se refiere en el ensayo sobre la degradación de la vida amorosa, pero que también se encuentra presente cuando se refiere a lo cómico en su texto sobre "El chiste...". Allí Freud da cuenta, de aquello que se produce en el efecto cómico, y que implica las imágenes del cuerpo. Por ejemplo el payaso, que es una imagen caída del Ideal. Resalta, que lo que define el efecto cómico es, en la comparación entre dos imágenes, la diferencia. Porque la imagen idealizada sola produce efecto de fascinación, mientras que la imagen degradada sola, produce burla, crueldad o compasión. Por eso Freud dice allí que el efecto cómico es *efecto de la diferencia en el sentido matemático*. Efecto, por ejemplo, de una "expectativa pulverizada", o de un "rebajamiento de lo sublime". Son algunos mecanismos que Freud menciona para dar cuenta de que se trata de un corte entre una representación y otra, y en definitiva, de un objeto causando la división del sujeto.

Este modo de situar al objeto degradado, por el lado de lo cómico -en tanto efecto de una diferencia- nos evoca aquella formulación que hace Lacan del deseo del analista, como la de aquel deseo de obtener la diferencia absoluta, o también, de obtener la mayor distancia entre el I y el a.

"El analista--dice Lacan- debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto a separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado." (ibid, 281)

Por eso, cuando volvemos a nuestro pequeño fragmento de la conferencia, y tenemos a Freud -recordemos- explicitando que en ocasiones se ha puesto **en ridículo** con su exigencia, podemos encontrar -quizás un poco intuitivamente, por lo que todavía no puede conceptualizar- ese esfuerzo de Freud por situarse en un lugar y transmitir una función, que a partir del cuerpo -es decir, en tanto el cuerpo está implicado- se mantenga a distancia del Ideal.

Sin embargo, al mismo tiempo, lo que nos sugiere su relato, es que quizás él no estaría tan dispuesto a encarnar este objeto -el hipnotizado, el degradado-. Quizás allí es donde Freud vacila, porque efectivamente, para encarnar dicha posición, para ocupar este lugar, se precisa de cierto atravesamiento, que es el problema que le interesó a Lacan.

Para Lacan, lo que permite encarnar este objeto, con todo el peso que ello implica, es el deseo del analista, pero en tanto producto de un análisis.

Clivaje entre goce y posición del analista

A lo que me refiero es a que algo de la subjetividad de Freud parece deslizarse, cuando intenta fundamentar su posición. A mi modo de ver, aquellas referencias a la plebe, a la descortesía y a la falta de respeto, muestran ese aferramiento al padre, al que quizás Freud recurre ante la posibilidad de quedar atrapado, respecto del goce que ocupar el lugar de objeto implica. Porque, efectivamente, es Freud mismo quien descubre que, en la neurosis, ocupar dicho lugar conlleva un goce masoquista. Ocupar ese objeto de la satisfacción del Otro, ese objeto que sostiene la escena con su goce, plantea un problema que lo lleva a Lacan a abrir una interrogación sobre el deseo del analista en relación al goce. Lacan se pregunta ¿de qué goza el analista en la posición que ocupa?[2]

A partir de postular el lugar de objeto a para la posición del ana-

lista, la cuestión que se plantea es en qué se afirma el analista cuando tiene que ocupar este lugar problemático, porque dicho objeto implica un punto de fijación, o dicho de otro modo, de cierta recuperación de goce para el sujeto. Cómo ocupar ese lugar, sin quedar allí pegado, es decir, perpetuando la posición fantasmática en que el sujeto está atrapado, pero tampoco rechazarlo, porque es sólo desde allí que podrá sostener su acto. En otras palabras, si la posición del analista es la del objeto a, para Lacan se vuelve necesario postular y formalizar un goce que no sea simplemente el goce masoquista, porque si no el acto analítico no se podría sostener.

En definitiva, dicha interrogación es una nueva vuelta que toma Lacan para repensar la cuestión del fin de análisis, interrogando la posibilidad de ir más allá del límite que encontraba Freud, y que supone la desautorización o desestimación de la feminidad. Y la respuesta que va desarrollando en los seminarios posteriores, es la de producir un clivaje entre posición y goce. A partir de las fórmulas de la sexuación y al postular un goce -femenino- no complementario del fálico -como lo es el masoquismo femenino- podemos pensar que Lacan intenta responder a la problemática de la posición del analista, al ubicar respecto de lo femenino, un más allá de esta posición de objeto.

Encontramos allí, del lado derecho de las fórmulas, una distancia entre el objeto a y el S(/A), es decir, una disyunción, una falta de conexión entre el objeto a y ese lugar de lo femenino articulado hacia la inexistencia del Otro. De esta manera, Lacan ubica un registro donde habría un cierto goce sobre el cual no sólo no se puede saber nada, sino que además, es inhabitable. Es decir, que no es el goce de la posesión, ni el desear lo que a uno le falta, ni el deseo de saber sobre otro campo, versiones del goce más propias de la histeria, por lo tanto del lado izquierdo de las fórmulas. No es tampoco un goce complementario del goce fálico, sino suplementario.

Si Lacan llega a decir que una mujer no sabe gozar sino de la ausencia es porque este goce implica una experiencia que permite pasar por ese agujero fundante, lugar de origen, ese significante primordial que da cuenta de una primera vez que no tiene antecedente, donde se puede ubicar cierto des-ser, condición del acto analítico. En el acto analítico -dice Lacan- se trata del sujeto que en el acto, no es. Punto en que el sujeto está ausente, pero ausente en tanto sujeto. No se trataría de los orígenes que implican el modo en que uno se posiciona en el mundo, es decir, los significantes Amo, los del Ideal, sino ese punto que permite afirmar la existencia, más allá del deseo de saber, y que permite, posicionarse de otro modo en relación a esos significantes que lo comandan. Me parece que a partir de aquí, se puede pensar el fin del análisis como la producción de un deseo -el deseo del analista- que permite ocupar al analista ese lugar en la transferencia sin quedar allí atrapado, por poder afirmarse, en su acto, en ese lugar de la inexistencia. Porque allí el sujeto ya no busca el complemento de ser sino que se ha afirmado como des-ser.

NOTAS

[1] En nota al pie, en la traducción de Strachey dice: “[Se refiere a las colas que, en la época de la guerra, se formaban en Austria en esa conocida cadena de almacenes.]”

[2] La cita textual del seminario 14 es la siguiente: “Es toda la dificultad de la posición del analista: ¿Qué hace?, ¿de qué goza en el lugar que ocupa? Es el horizonte de la cuestión que no he hecho más que introducir, marcándola en su punto de fisura bajo el término del deseo de psicoanalista”. (sem. 14, inédito)

Y en el seminario 16: “¿Qué realidad empuja al analista a desempeñar esta función? ¿Qué deseo, qué satisfacción encuentra?” (sem. 16, pag. 318)

BIBLIOGRAFIA

Freud, S. (1916-17) “Conferencias de Introducción al psicoanálisis: 16° conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría”, en Obras Completas, Tomo XVI, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1998.

Freud, S. (1905) “El chiste y su relación con lo inconciente”, en Obras Completas, Tomo VIII, Ed. Amorrortu, 1993.

Lacan, J. (1954-55) El Seminario, libro 1, “Los escritos técnicos de Freud”, Ed. Paidós

Lacan, J. (1964) El Seminario, libro 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1984.

Lacan, J. (1969-70) El Seminario, libro 17, “El reverso del psicoanálisis”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2006.

Lacan, J. (1966-67) El Seminario, libro 14, “La lógica del fantasma”, (inédito)

Lacan, J. (1968-69) El Seminario, libro 16, “De un Otro al otro”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2008.

Lacan, J. (1972-73) Seminario 20, “Aún”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2006.

Lacan, J. (1973) “Nota Italiana”, en Otros Escritos, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2012.